

Una impugnación desde América Latina a la lectura estadounidense del pasado reciente

En los últimos años se ha vuelto un lugar común insistir sobre la relativa decadencia del poder de Norteamérica a nivel mundial. Al mismo tiempo, una serie de publicaciones —muchas de ellas de autores estadounidenses— han iniciado una revisión crítica de las políticas de Washington desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Es evidente que la conclusión de la Guerra Fría y el desmoronamiento de la URSS, combinados estos procesos clave con los recientes fracasos del proyecto neoimperial militarizado de la administración Bush y hoy en forzosa retirada por el presidente Obama, han contribuido a despejar el ambiente intelectual de viejos prejuicios y alineamientos, y avivado el interés crítico y la investigación documentada.

Cabe preguntarse entonces si desde América Latina no ha llegado el momento de intentar una lectura propia, atenta a las transformaciones progresistas que actualmente se viven en significativos países nuestros, que procure superar el pesado predominio de la lectura estadounidense en los medios de comunicación y en la academia universitaria. Este artículo es un modesto intento de avanzar en el sentido enunciado.

La tergiversación propagandística de la versión norteamericana es escandalosamente evidente en su narrativa sobre la Segunda Guerra Mundial. ¿Quién no ha visto varias versiones sobre el desembarco aliado en Normandía? Pero en esta batalla casi no aparecen combatientes ingleses ni canadienses. El ninguneo, por otro lado, de lo ocurrido en el decisivo frente oriental —Hitler llegó a empeñar el grueso de sus fuerzas contra la URSS— es sistemático y contundente. ¿O es que alguien puede enterarse por la producción de Hollywood que la decisiva victoria en Stalingrado le costó al Ejército Rojo un millón cien mil bajas, de las cuales 485 mil fueron muertos?¹

Si nos guiáramos por la lectura de Washington-Hollywood nunca nos enteraríamos de que la marea de la guerra cambió de curso por los triun-

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

¹ Antony Beevor, *Stalingrado*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 356.

fos soviéticos en Stalingrado y Kursk;² al contrario, nos han atosigado con reiterados documentales y películas de su victoria aero-naval sobre la flota japonesa en Midway. Así que su soberbia afirmación de que “nosotros hemos liberado Europa”, contiene sólo una parte de la verdad, que no asigna mayor crédito a la resistencia inglesa y al esfuerzo de otros aliados menores, y borra el decisivo aporte de las fuerzas soviéticas, que no por casualidad tomaron la capital del Tercer Reich.

En los primeros años de la posguerra y ante los primeros escarceos de la Guerra Fría, el presidente Harry Truman ensaya una estrategia doble: ayuda a reconstruir Europa y Japón, con la finalidad de ampliar el campo de acción de sus empresas, y contrarrestar cualquier intento de inclinación hacia la izquierda prosoviética; con respecto al mundo periférico, se asume un claro compromiso contrarrevolucionario de contención del comunismo y los nacionalismos emergentes. Esta estrategia mundial para ganar legitimidad en la guerra propagandística, crea el mito paralelo y opuesto: el Kremlin aspira a la dominación mundial, los partidos comunistas son sus destacamentos de avanzada; cuando sabemos hoy que José Stalin temía la posibilidad de un enfrentamiento nuclear con Estados Unidos, muy consciente de la debilidad de la URSS durante la posguerra.³

A partir de aquellos años, una ideología anticomunista primitiva bloquea en Estados Unidos la posibilidad de consultar a los más lúcidos soviétólogos del mundo académico.⁴ En la lógica de la Guerra Fría el mundo se dividía en dos campos, y quedaba poco o ningún espacio para el análisis equilibrado e inteligente. No era época de matices ni diversidades, se imponía el reduccionismo de la propaganda masiva.

En Asia, por ejemplo, ante el empuje de los movimientos nacionalistas, los debilitados imperios coloniales se desmoronaban en países decisivos, pero el poder norteamericano no pudo impedir la alianza entre la India independiente y la Unión Soviética stalinista,

² Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 48; Antony Beevor, *Berlín. La caída: 1945*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 7.

³ Zhores A. Medvedev y Roy A. Medvedev, *El Stalin desconocido*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 152.

⁴ Moshe Lewin, *El siglo soviético*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 12.

que se convierte en su proveedora de armamentos y equipos militares.

En China, a su vez, la combinación de revolución campesina y guerra de liberación nacional, que culmina con la proclamación en 1949 de la República Popular, constituye la primera gran derrota del nacionalismo conservador y del intervencionismo de Washington en Asia. Queda entonces planteado para el Pentágono cómo encarar el tipo de guerra que llevó al triunfo de Mao, a la cabeza de una nueva vía revolucionaria, que desafiaba al poder estadounidense a internarse en tierra firme asiática.

Como una derivación del reparto de zonas de influencia con que concluyó la Segunda Guerra Mundial y del triunfo comunista en China, estalla la guerra de Corea (1950-1953), con alternativas que hicieron peligrar la paz mundial. La Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus iniciales en inglés), creada por la administración Truman en 1947, no supo advertir la masiva intervención china, y la confianza estadounidense en su superioridad aérea y en artillería pesada no logró los resultados esperados, lo que llevó al general Douglas Mc Arthur a proponer el bombardeo atómico de China, que terminaba de firmar una alianza estratégica con la URSS.

Ante estos riesgos, el presidente Truman destituye a Mc Arthur y a pesar de empeñar a fondo su poder militar, en 1953 Estados Unidos se resigna a firmar un armisticio que sanciona de hecho un empate militar.

El conflicto coreano tuvo características de guerra convencional, muy distintas a las que llevaron a Mao al triunfo final; sin embargo, puso en evidencia las limitaciones de la potencia norteamericana en Asia. La CIA no supo prever la intervención china y sus operaciones encubiertas se saldaron con un completo fracaso.⁵ Además, el uso en grandes proporciones de la más avanzada tecnología bélica (aviación y artillería pesada), a pesar de las cuantiosas pérdidas en personal que ocasionaron al bando enemigo, no aseguraron a Estados Unidos el triunfo.⁶

⁵ Tim Weiner, *Legado de cenizas. La historia de la CIA*, Barcelona, Debate, 2008, pp. 71-76.

⁶ Gabriel Kolko, *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 318-319.



En esa década de 1950, de crecimiento económico y agudas tensiones mundiales, la CIA —en el caso iraní de la mano de los veteranos agentes británicos— logró dos éxitos que ha propagado en forma abrumadora desde entonces: el derrocamiento de los gobiernos de Mohamed Mossadegh en Irán y de Jacobo Arbenz en Guatemala.

Estos gobiernos nacionalistas y reformistas defendían el manejo propio de sus recursos naturales: el petróleo en el caso iraní —en la época controlado a nivel mundial por las Siete Hermanas anglosajonas— y en el guatemalteco, la necesidad de entregar a familias campesinas tierras ociosas del gigantesco patrimonio de la United Fruit Company de Boston.

En la lógica imperial de la Guerra Fría no había espacio para posiciones terceristas: si no se alineaban con Washington, eran vasallos de Moscú. Esta lógica de guerra atropellaba significativos acontecimientos de aquellos años: el presidente argentino Juan Domingo

Perón estableció relaciones diplomáticas con la URSS stalinista, cuando por sus ideas y el trato a los comunistas nativos, mostraba una evidente lejanía de la ideología soviética.

Tanto en Irán como en Guatemala, los servicios de inteligencia anglosajones contribuyeron a montar golpes de Estado, operaciones mucho menos ambiciosas que la de apoyar al bando nacionalista en la guerra civil china o intentar conseguir el triunfo en la guerra convencional de Corea.

Aprendiendo de la experiencia china y de la simultánea lucha del ejército francés en Vietnam, la CIA apoyó en Filipinas una estrategia contrainsurgente eficaz. Auxiliando al gobierno de Ramón Magsaysay, contribuyó a sofocar el movimiento campesino comunista Huk,⁷ que había luchado contra los ocupantes japoneses y luego contra los terratenientes nativos que apoyaban al régimen de Manila, al que Estados Unidos había concedido una retaceada independencia.

En cada uno de los casos mencionados (Irán y Guatemala) y en particular, en Filipinas, se ha infravalorado el aporte de las fuerzas conservadoras internas, creando el aparato propagandístico de Washington una imagen de eficacia y omnipotencia de la CIA y el Pentágono, que hoy sabemos está muy alejada de los hechos realmente documentados.

Estas fuerzas conservadoras internas, aunque con claro apoyo estadounidense, a mediados de los conflictivos y prósperos años de 1960, lograron resonantes éxitos en dos países clave en sus respectivas regiones: Brasil e Indonesia. En este estratégico archipiélago del sudeste asiático, al agotarse el proyecto nacionalista y tercerista del presidente Sukarno, el ejército y la derecha musulmana se lanzaron al control irrestricto del poder y al exterminio del poderoso Partido Comunista, con un saldo de medio millón de muertos.⁸ El general Suharto, represivo y corrupto, asegurando a Washington una retaguardia amiga ante sus reveses en Indochina, gobernará durante treinta años con el apoyo de las empresas transnacionales japonesas y norteamericanas.

⁷ *Ibidem*, p. 312.

⁸ Antonio Albiñana (ed.), *Geopolítica del caos*, Barcelona, Le Monde Diplomatique (Temas de Debate), 1999, pp. 240-241.

En el caso brasileño como en Irán, Guatemala e Indonesia, Estados Unidos contribuyó a derrocar un gobierno de corte nacionalista, colaborando en la imposición de una férrea dictadura militar, que facilitó las grandes inversiones internacionales. Una vez más se comprueba en este caso sudamericano, que las fuerzas decisivas fueron internas: las instituciones armadas y la derecha política, aunque está documentada la participación de la diplomacia de Washington contra el presidente Joao Goulart, y, como reaseguro en apoyo a los militares golpistas, el emplazamiento de una flota de guerra frente a Río de Janeiro.⁹

En ambos casos —Indonesia y Brasil— en países tan disímiles pero de gran valor estratégico, el Departamento de Estado, el Pentágono y la CIA auxiliaron a los sectores internos que fueron los decisivos en la resolución conservadora de estas coyunturas de crisis. No fue la intervención de Estados Unidos en cualquiera de sus formas la que definió el conflicto político, su participación fue complementaria.

A partir de aquellos años se ha dado la involuntaria convergencia entre las denuncias nacionalistas y de izquierdas con las campañas propagandísticas de la CIA y el Pentágono, para alimentar el mito de la eficacia arrolladora de las acciones públicas y encubiertas de la potencia estadounidense.

Si en Brasil e Indonesia el aporte complementario de Washington contribuyó a significativos triunfos contrarrevolucionarios, en la cercana isla de Cuba todos sus planes han resultado estériles; y en Vietnam, su fracaso fue contundente: derrota de las fuerzas de Saigón y retirada del cuerpo expedicionario norteamericano, que llegó a contar con medio millón de soldados y descargó sobre Vietnam más bombas que sobre Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

En Vietnam no hubo tablas: la derrota fue clara y definitiva, con el agravante para Estados Unidos de perder además el control de Laos y Camboya.

La debacle en Vietnam demostró que una población motivada, peleando en su propia geografía y conducida con creatividad y decisión, resultó más eficaz que la



sofisticada maquinaria bélica de un poderoso ejército, pero escaso en sus bases de convicciones fuertes. No debemos menospreciar, por último, un factor que resultó clave en el contexto de la Guerra Fría: el apoyo diplomático y el masivo abastecimiento en armas que proporcionaba la URSS.

Para contrarrestar en alguna medida la pérdida de imagen de la República imperial, Washington ha recurrido machaconamente a sus “misioneros” domiciliados en Hollywood: casi no hay películas en las que sus “héroes” no resulten triunfadores; aunque casi siempre en episodios tan delimitados como imaginarios.

En su permanente campaña propagandística, ellos liberaron a Europa y en Vietnam derrotaron a la ofensiva del Tet, cuando en realidad ésta profundizó decisivamente la fractura de su frente interno; y hoy sabemos que no pudieron enviar un refuerzo de 200 mil soldados a Vietnam, porque los podían necesitar para contener los disturbios internos.¹⁰ Es verdad que derrotaron militarmente a la ofensiva del Tet, pero también lo es que el presidente Lyndon Johnson tuvo que renunciar a su reelección y que, finalmente, aceptaron que no podían ganar la guerra.

Si en el sudeste asiático fallaron sus planes contrainsurgentes y la masiva intervención militar, en 1979 en Irán las limitaciones de sus servicios de inteligencia quedaron en abrumadora evidencia: no previeron el derrocamiento del Sha Mohamed Reza Palhevi y ni siquiera sabían de la existencia del ayatola Jomeini.¹¹

¹⁰ Vicent Navarro, *Entrevista a Noam Chomsky*, Barcelona, Anagrama, 2008, p. 24.

¹¹ Tim Weiner, *op. cit.*, pp. 384-385.

⁹ Phyllis Parker, *Brasil y la intervención silenciosa*, México, FCE, 1984, pp. 129 y 138.

Este fiasco estratégico, considerando la función subimperial que cumplía Irán en el control de la región petrolera del Golfo, se vio confirmado por el fracaso del intento de rescate del personal diplomático retenido en Teherán, que autorizó el presidente James Carter.

Resulta evidente que las intervenciones norteamericanas en Asia no han logrado concretar con éxito sus objetivos estratégicos en distintos momentos y en diferentes regiones (China, Corea, Vietnam, Irán, Irak y Afganistán) y, en contraste revelador de sus limitaciones en aquel continente de densas poblaciones y culturas milenarias, están sus relativos éxitos en los pequeños y cercanos países de América Central. Washington pudo contribuir a contener a las fuerzas insurrectas en Guatemala y El Salvador, aunque no a derrotarlas; en este último país, apoyando decisivamente a su ejército en momentos críticos para contener la ofensiva del Frente Farabundo Martí. Tanto en estos países pequeños como en la guerra de desgaste contra la Revolución Sandinista, el papel de las fuerzas conservadoras internas —asesoradas y abastecidas por la CIA y el Pentágono— resultaron ineludibles en los conflictos e indispensables en la estabilización política de posguerra.

Sólo en las invasiones directas a la diminuta Isla de Granada en 1983 (344 km² y 90 mil habitantes) y de Panamá en 1989 (77 mil km² y 2 millones 800 mil habitantes) el gobierno de Estados Unidos pudo ofrecer claras victorias al ingenuo triunfalismo de su población. En contraste abrumador, a pesar de los esfuerzos de todo tipo que emprendieron diez administraciones norteamericanas, no han podido derrotar al obstinado nacionalismo cubano. Lo que constituye un permanente recordatorio de las limitaciones del imperio y de la dignidad heroica de Cuba.

El somero análisis de estos procesos históricos demuestra que el formidable complejo científico-industrial-militar de Washington tiene fronteras operativas y políticas precisas; y es claro que el estruendo triunfalista por Granada y Panamá era para consumo interno, para borrar el recuerdo de los fiascos en Irán y Vietnam, pero observados desde América Latina revelan más debilidad que fortaleza de la gran potencia.

En los agitados y prósperos años de finales de los sesenta e inicios de la siguiente década, con Estados Uni-

dos empantanados en Vietnam, América Latina parecía alejarse de la tutela de Washington. La Revolución Peruana de 1968, Salvador Allende en Chile, el efímero gobierno de Juan José Torres en Bolivia, las organizaciones contestatarias en Uruguay y Argentina, los militares progresistas en Panamá y Ecuador, sumaban diversas fuerzas impugnadoras de la dominación imperial y aún apuntaban a superar el capitalismo subdesarrollado y dependiente (Velasco Alvarado, Allende).

Pero esta marejada renovadora en América Latina estuvo lejos de lograr algo similar a la contemporánea derrota del militarismo norteamericano en el sudeste asiático. En nuestros países, la contraofensiva de los militares (Banzer, Pinochet, Videla) y las fuerzas conservadoras internas, complementadas con el apoyo de Washington, derrotaron a las tendencias y gobiernos innovadores e impusieron el terror y el genocidio.

El Plan Cóndor, armado para el exterminio de la militancia y las organizaciones opositoras, tuvo sus antecedentes en la masacre de Indonesia, el llamado Plan Jakarta de 1964-1965, y en el Plan Fénix, instrumentado por la CIA en Vietnam, pero en nuestros países el terrorismo de Estado lo operaron las fuerzas de seguridad nativas; como en Indonesia, no fueron acciones encubiertas de los sicarios de la CIA, sino la sistemática persecución y matanza operadas por los agentes locales.

Esta ambiciosa y triunfante oleada contrarrevolucionaria impuso, mediante el despiadado terrorismo de Estado, la primera versión de la reorganización neoliberal de nuestros países de la mano de los “Chicago Boys” pinochetistas y del superministro de la dictadura argentina, José Alfredo Martínez de Hoz, antes de que comenzaran a gobernar en sus respectivos países Margaret Thatcher y Ronald Reagan.

En otro vasto y decisivo escenario del juego de fuerzas mundiales, a finales de la década de 1980, se precipita la crisis final de la URSS en forma de una implosión causada por sus contradicciones internas. Es difícil enfatizar la trascendencia histórica de dicho proceso y sólo mencionaremos dos aspectos: se desmoronó una experiencia de sociedad y poder alternativa al modelo norteamericano y, lo más significativo para nuestro propósito, desapareció el gran adversario militar, político y civilizatorio de los Estados Unidos por más de

cuatro décadas. El país del Norte quedaba así como el gran vencedor y se convertía en la única superpotencia a nivel mundial.

Resulta lógico suponer que este espectacular desenlace fuera previsto desde algunos de sus ángulos por la enorme burocracia de inteligencia y sus sofisticados medios tecnológicos en Estados Unidos, pero no fue así de ningún modo: aunque parezca increíble, el desmoronamiento de la URSS los tomó totalmente por sorpresa.¹²

Esta escandalosa ceguera fue producto de su mirada sesgada hacia lo militar (armas nucleares, misiles de largo alcance, divisiones blindadas, etcétera) y de su pobre capacidad de interpretación de la evolución cultural, social y política de la URSS; de sus explosivas contradicciones internas que llevarían a su dramático desmoronamiento en 1991.

¿A qué factores se deben estas garrafales fallas de inteligencia y la manifiesta incapacidad militar para controlar conflictos de real envergadura? Las explicaciones tienen que ver con características propias de la cultura norteamericana,¹³ el desmesurado designio de dominación de sus elites y las limitaciones en el trabajo de la vasta burocracia de Washington.

No es un dato menor que la CIA nunca haya podido enterarse de los problemas y discusiones que ocupaban a la alta dirección soviética; y que sus escasos agentes en territorio de la URSS hayan sido neutralizados por su odiada enemiga, la KGB.¹⁴ Los James Bond de Langley no parecen haber brillado por su penetración en los vericuetos de la burocracia moscovita. Una cosa es la industria del entretenimiento y otra muy distinta la del espionaje.

El desconocimiento y desprecio hacia otras sociedades y la escasez de personal hablante de las lenguas y conocedores de sus costumbres, han limitado la eficacia de las operaciones encubiertas de la CIA, por ejemplo, en Asia Central;¹⁵ y en el intento de suplir estas carencias con sofisticados artilugios tecnológicos tui-

ron que invertir una década de esfuerzos para asesinar a Osama Bin Laden, el aislado y sobrevaluado líder del “terrorismo islámico mundial”.

En los años finales de la Guerra Fría y posteriormente en diferentes escenarios, el mito de la omnipotencia tecnológica y el poder imperial ordenador han cosechado rotundos fracasos también en conflictos menores. Vayan como ejemplos lo acontecido en el Líbano y en Somalia. El presidente Ronald Reagan, en 1982, ordena desembarcar a los marines para estabilizar la crisis política y bélica en el Líbano. El resultado fue un completo fracaso: 240 marines muertos por el estallido de un camión cargado de explosivos... Y las tropas de la superpotencia se replegaron a los barcos de la Sexta Flota, que navegaba a prudente distancia de la costa libanesa.¹⁶

Otro notorio fiasco en 1993 tuvo por escenario a Mogadiscio, la misérrima capital de Somalia, país de 9.5 millones de habitantes, de los más pobres del mundo y prácticamente sin aparato estatal. Los marines fueron enviados allí para capturar a Mohamed Faray Aidit, el más poderoso señor de la guerra local, para caer en una emboscada y perder 18 hombres; ante este resultado, el presidente William J. Clinton da por concluida “la misión humanitaria” que había asignado a sus tropas.¹⁷

Estos reiterados ejemplos de limitaciones y fracasos, están haciendo mella en la arraigada idea norteamericana de su excepcionalismo histórico, de su etnocentrismo imperial llevado al extremo en los últimos años. Esta muy peculiar certeza de la identidad estadounidense, está profundamente arraigada en todas las capas de su sociedad y le presta conformidad a la agresiva política exterior de Washington. Si integramos la nación más libre, rica y poderosa, la estación final de la Historia, nuestras acciones sobre el resto de las sociedades no pueden tener otra finalidad que expandir el reino de la libertad y difundir el bienestar al estilo norteamericano.¹⁸

¹² *Ibidem*, pp. 447-449.

¹³ Mark Hertsgaard, *La sombra del águila. Por qué Estados Unidos suscita odios y pasiones en el mundo*, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 20 y 25.

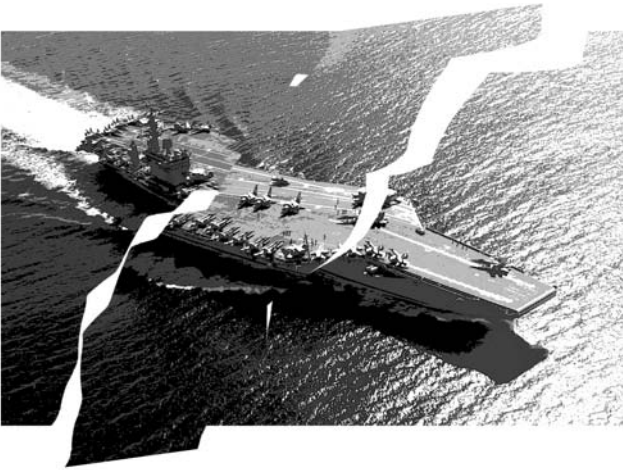
¹⁴ Tim Weiner, *op. cit.*, p. 448.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 492-493.

¹⁶ Giuliano Procacci, *Historia general del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 590.

¹⁷ CNN-Blume, *Siglo XX*, Barcelona, 2000, p. 670.

¹⁸ Mark Hertsgaard, *op. cit.*, p. 83.



Esta desmesurada autopercepción implica un alto grado de desconocimiento y aún desprecio hacia otras sociedades y sus culturas: que son, concluyen, pueblos notoriamente atrasados, estancados e inferiores. Este complejo de superioridad y su implícito racismo ¿puede sostenerse hoy ante el avance económico de India y China? ¿Ante el fracaso en Iraq y las crecientes dificultades en Afganistán y Paquistán? Las soluciones militares sólo logran pleno éxito en la magia audiovisual de Hollywood, pero el bombardeo propagandístico no logrará pacificar Afganistán ni hacer retroceder a China.

El gigantesco presupuesto militar de Estados Unidos —la mitad de los gastos mundiales en este rubro— tiene como implícito el mito que la tecnología avanzada es garantía de poder y victoria segura, cuando las experiencias en los conflictos asiáticos lo desmiente, y ni siquiera, en una región cercana, conocida y de espacios reducidos, en los países de América Central, pudieron sus aliados-subordinados derrotar por las armas a las fuerzas revolucionarias a lo largo de años.

Cabe otra interrogante clave sobre los límites del militarismo norteamericano, que tiene que ver con la reciente evolución de su sociedad. En estos últimos años, la concentración de la riqueza en la cúspide social y la falta de oportunidades en las bases, está empujando a blancos pobres, afroamericanos e hispanos a enrolarse en las fuerzas armadas, como atajo para obtener una formación profesional que los habilite posteriormente para conseguir mejores ocupaciones en la vida

civil. ¿En qué medida dicho personal está motivado para convencer a iraquíes y afganos sobre la posibilidad de acceder al “sueño americano”, vedado para ellos mismos?

Las guerras, invasiones y ocupaciones territoriales en que está empeñado el Pentágono implican no sólo la utilización de la tecnología última, sino también el control territorial por personal de tierra: infantería, blindados, artillería y sus respectivos apoyos logísticos. ¿En qué medida un ejército integrado por semi-marginales está convencido para luchar con eficacia en paisajes y sociedades que les son tan ajenos como hostiles?

La eficacia operacional de esas tropas se ve además limitada por la escasa resistencia que muestra la sociedad norteamericana ante las inevitables bajas que se producen en toda guerra. Los *boys*, como jóvenes residentes aunque no enteramente integrados en la sociedad modelo, son vidas demasiado valiosas para que se pierdan en cifras crecientes, en cualquier intervención armada.¹⁹ En este caso, el etnocentrismo imperial exhibe otro flanco débil: cuando los “triunfadores” no logran un éxito rápido y se elevan los costos humanos, su retaguardia nacional comienza a resquebrajarse y a retacearle apoyo.

De esta lectura panorámica de relativos éxitos, limitaciones y derrotas ¿se debe inferir que el imperialismo norteamericano es, en realidad, “un tigre de papel”? Sería muy irresponsable animarse a sostener dicha afirmación. Pero tampoco debemos rendirnos ante el bombardeo audiovisual, propagandístico y hollywoodense, con el que inundan nuestros televisores y agobian el cine de masas. El análisis crítico del poder norteamericano es una tarea apremiante para la intelectualidad democrática en América Latina; un aporte necesario a nuestra independencia intelectual y un apoyo inaplazable a los movimientos sociales y gobiernos progresistas, que buscan sacudirse la tutela del Norte y abrir nuevos caminos a la esperanza.

¹⁹ Eric Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 70.